

tra sí todos los elementos de su misma naturaleza transformada. ¿Veis esos horribles caracteres que nos alarman á la vista de los mayores crímenes? ¿Veis al bandido que se lanza intrépido sobre la propiedad y la vida, perturbando la marcha del caminante, é interrumpiendo el sueño del hombre pacífico? ¿Veis á esos infelices, opróbios de la especie humana, que dándose á la exageracion de la bebida, resignando en el tosco deleite la inteligencia y el carácter, parecen figurar como una degeneracion de la especie racional? ¿Observáis esos desgraciados que no advierten el valor inestimable de la continencia y castidad, sino cuando ya sus entrañas están corrompidas, y ellos encadenados en esa invencible atraccion que arrastra al hombre hácia el sepulcro? ¿Notáis esa impasible frialdad con que pasa por entre las miserias y las necesidades de la vida el avaro, idólatra de sus riquezas? ¿Reparáis en esa susceptibilidad indómita que ya no perdona la injuria, ni excusa la fragilidad, ni resiste la menor contradiccion? Pues no imaginéis, ó católicos, que tales caracteres se improvisan. Todos nacemos con la herencia del pecado original; pero nadie llega malvado á la vida: todos traemos sobre nuestras frentes los vestigios de la culpa; pero nadie viene con la hiel y el veneno propio á la existencia. No, vuelvo á decir, estos caracteres que ya no cederian á otro poder, sin un rarísimo é inaudito milagro, no se organizan instantáneamente: las inclinaciones los preparan, los actos los determinan, educan y sostienen, los hábitos los forman, llevándolos á su funesta plenitud. Por esto ha dicho el Sabio, *que el niño seguirá su sendero,*¹ y si el curso de esa temprana vida llegare por fin á extraviarse,

(1) Prov. cap. XXII, v. 6.

vendrá á sorprenderle el último periodo de la vejez en las antiguas encrucijadas del vicio.

Nada mas natural. Sábese mui bien, que nuestro carácter es una presa que se disputan desde mui temprano el espíritu y la carne; y que en este combate no triunfa sino el que permanece constante, el que persiste intransigible en los caminos del bien. ¿Por dónde ha comenzado ese hombre á quien la sociedad maldice como á un ser corrompido? Ha comenzado por pequeñas faltas; ha seguido con mayor frecuencia de transgresiones; ha terminado por arraigarse en sus hábitos. ¿Os asusta, os alarma verle cómo discurre, cómo habla, cómo se conduce en el curso de todas sus relaciones? ¿Os irrita su impiedad, os incomoda su descaro, os escandaliza su prostitucion? Pues es aquel mismo que os prendaba con su moderacion, os ganaba con su obediencia, os edificaba con su recogimiento, os enternecía con su piedad: es aquel mismo sobre quien formabais los mas bellos pronósticos á la vista de su cristiana educacion, del primitivo fervor de su juventud, del porte caballeroso y digno de su primera marcha. ¿Qué sucedió pues? Cedió á las primeras tentaciones; pero todavía la santa tristeza del arrepentimiento le levantaba: cayó en nuevas redes; pero todavía los antiguos instintos de su primitiva virtud le tenían inquieto. Entre tanto sus sentidos le agitan, sus inclinaciones le arrastran, sus placeres le tientan, sus amigos le seducen, sus antiguas fuerzas se debilitan, sus bellos recuerdos se oscurecen, los recursos de la educacion se menoscaban, los intereses de la piedad se pierden, la ciencia del espíritu se ofusca, la tierra se abalanza contra el cielo, el tiempo sobre la eternidad al anonadarse en el infeliz las ideas de muerte y del jui-

cio. . . . No desesperéis: todavía brillan algunas chispas en su alma; todavía la campana fúnebre de la noche perturba sus criminales vigiliás; todavía la imágen de la virtud le arranca un suspiro: está corrompido, pero no desesperado: es criminal, pero no impenitente: anda en las juntas de los impíos; pero no se ha borrado de su alma la imágen del Señor. . . . Tal vez un desengaño, tal vez ese abandono del mismo mundo cuando ya está en la miseria, tal vez la consternación de todo un pueblo en una calamidad pública, tal vez una enfermedad cruel que ya le orilla al sepulcro. . . . ¡De hecho, católicos! Los hijos de Dios se alegran viéndole de nuevo volver al redil; la edificación de sus hermanos le rodea con sus estímulos, la caridad olvida sus extravíos, para contemplar su penitencia. Vedle ¡qué recogido en el templo! ¡qué moderado en la sociedad! ¡qué solícito por reparar sus escándalos! ¡qué! . . . Pero. . . . ¡á donde voi? . . . ¡Un nuevo cuadro! ¡un fondo nuevo para los sentimientos! ¡otro espectáculo para la desesperación! . . . ¡Desgraciado! Hele otra vez en Babilonia, hele otra vez entre los enemigos de Dios, hele otra vez en la miserable aldea del tirano apacentando animales inmundos y envidiando sus bellotas. . . . Un paso mas, y el infeliz desaparecerá de la escena de la vida, dejando á todos abismados entre las sombras del tiempo y las sombras de la eternidad. ¡Tal es el poder de los hábitos! ¡tan cierto así, que la impenitencia final es un resultado casi infalible de la inconstancia!

Considerad, hermanos míos, toda la revolución que los hábitos producen en el hombre, y os convenceréis fácilmente, sin apelar mas que á vuestra propia razón, de toda la verdad y exactitud de estos conceptos. A la formación de un hábito concurre el alma con sus facultades

y potencias, concurre el cuerpo con sus elementos y fuerzas, concurre todo nuestro ser. Acordaos, si no, de la escala que ha recorrido vuestra conducta para la adquisición de los hábitos. ¿Se trata de un hábito bueno? Ya veréis cómo ha sido preciso ir debilitando paulatinamente la influencia de los recuerdos, el artificio de los pensamientos, el prestigio de las imágenes, las vehementes inclinaciones de la voluntad, la prepotencia de las fuerzas físicas, la excesiva libertad de los sentidos, y tantas necesidades facticias que el pecado habia introducido en vuestro corazón. ¿Se trata de los hábitos malos? Notad como, aunque á ellos se pasa por un declive, y al impulso de las inclinaciones corrompidas suele llegarse al término con suma facilidad, nunca se obran instantáneamente esas funestísimas transformaciones. Hai mayor celeridad; pero siempre se pasa por diversos grados. Bien es cierto, que nuestra naturaleza contaminada todo lo encuentra fácil para perderse; pero no lo es ménos que, cuando la gracia la sostiene, ha menester de mucho para llegar á los últimos estragos de la derrota. Comparad, hermanos míos, la duración, el carácter y la intensidad de las impresiones entre vuestras primeras y vuestras últimas faltas, y estremeceos á la vista del inminente riesgo que corréis para la eternidad, si alarmados hoy santamente, no os asís de la perseverancia continua, como de una áncora de salud,

En los primeros días de vuestra carrera, cuando la inocencia tenia muy vivos aun sus vestigios, cuando las impresiones de la infancia daban á vuestro horror al mal todo el vigor de un instinto, cuando la educación cristiana y el influjo de mil edificantes ejemplos os mantenían mejor dispuestos á la fidelidad que á la inconstancia,

cia: ¿qué no era preciso para caer? ¿qué luchas! ¿qué resistencias! ¿qué mortal desazon! ¿qué de alarmas! ¿cuántas dudas y temores! ¿Cuánto tiempo discurrió sin que vuestra conciencia pudiera recoger todos los datos necesarios para convencerse de una culpa grave consumada con todos sus caracteres de mortalidad! Pero al fin, la desazon misma, la pereza, ciertos compromisos de sociedad, ciertas ligeras condescendencias acometieron á la empresa fatal. Comenzasteis por interrumpir vuestros ejercicios, continuasteis por cortar la frecuencia, seguisteis por distraer á otra parte vuestras ideas, y acabasteis por... ¡me horrorizo al decirlo! por descender, como el ángel, desde un trono de luz á las hondas cavernas del pecado! Sin embargo, el sentimiento de vuestra caída se anunció con estrépito: al golpe de la virtud viniendo á tierra, se alarmó vuestra conciencia: vuestro entendimiento, vuestra voluntad, vuestro cuerpo, todo vuestro ser se estremecieron, como al caer una inmensa mole, el estruendo se difunde aterrorizando, y sacude y hace bambolear todos los edificios, pareciendo querer arrastrarlos á todos á su ruina! Si, hermanos míos: nada fué sin duda comparable con el efecto sensible que causaban en vosotros vuestras primeras infidelidades! Aquel susto, aquella agitacion, aquel disgusto, aquella melancólica situacion, aquella pena indefinible: todo estaba revelando que vuestro enemigo no habia triunfado enteramente, que no duraria largo tiempo vuestra lastimosa esclavitud. De hecho, pronto corrian vuestras lágrimas, se conmovia vuestro corazon, se alijeraba vuestro cuerpo, y os levantabais, como el pródigo en busca del agraviado é inconsolable Padre, para volver á su gracia por el humilde sendero de la penitencia.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿era este el estado

de vuestros sentimientos en las últimas caídas? ¡Ah! Después dejaban apenas lo mui preciso para disgustar á la conciencia; pero la conciencia misma vivia ya en vosotros como un resorte laxado, como un sentimiento sin objeto, como una deidad sin luz, sin poder y sin prestigios. De este modo, señores, todo va perdiendo con la repeticion de las caídas: las impresiones son fugitivas, los temores pasajeros, las esperanzas ineficaces, las lecturas infructosas, los ejemplos estériles: entre tanto, la vida se adelanta con los años, los actos se repiten, la insensibilidad crece, las pasiones se afirman, los pecados se multiplican, los hábitos se forman, la gracia se extingue, el sepulcro se abre y la reprobacion se consuma.

¡Gran Dios! ¿qué piensa el hombre, cuando con tal frenesí se precipita, y con tanta frialdad mira su ruina! ¡Ah, católicos! No seria necesario consultar sino solo á nuestra propia razon, para confundirnos y estremecernos á la vista del porvenir que se espera á las almas inconstantes y tibias en los caminos de la eterna salud. Pero si aun queréis oráculos mas seguros, mas infalibles, atended: oid al mismo Dios que os habla; registrad las páginas de ese libro eterno donde cada uno puede hallar los datos para resolver el fatal problema de su futura suerte.

¿Quién puede pasar la vista por aquella parábola de la vid, sin estremecerse de terror y de espanto? „El que no persevera en mí, dice Jesucristo por San Juan, será arrojado fuera, como el Sarmiento inútil, y se secará, y así seco le tomaran para echarle al fuego, y arderá.”¹ ¿Cuál es, católicos, este Sarmiento inútil, que ha de consumirse en su funesta separacion, sino esa alma inconstante que

(1) Joann. cap. XV, v. 6.

pasa la vida entre Babilonia y Sion, entre el Decálogo y los vicios, entre las tábernas de los pecadores y los tabernáculos divinos? ¿quién es, sino esa alma inconstante que vive y muere alternativamente en sus penitencias y caídas?

„No os convirtáis á todo viento, dice el Eclesiástico, no andéis por cualquiera camino.”¹ ¿Y porqué, hermanos míos? Porque no hai mas que un viento favorable, no hai mas que un camino de salud. Por esto el mismo ha creído hallar en el sol una imágen del sabio, miéntras compara al necio con la luna, que está mudándose frecuentemente.² Por esto merece para Jesucristo la burla del mismo mundo quien, habiendo conmenzado á levantar su edificio, no pudo llevarle á su término,³ y por esto el Apóstol de las gentes ha caracterizado la predestinacion, al decir: „Yo he sostenido la mejor contienda, y al terminar mi carrera, traigo íntegro el depósito de la fe, y he conducido la obra á su feliz consumacion: he aquí porqué aguardo esa corona de justicia que el immaculado y eterno juez tiene reservada, no solo para mí, sino para cuantos aman su venida,”⁴ esto es, para cuantos han sabido prepararla con la inocencia ó la penitencia.

„El que habiendo empuñado la mansera, dice Jesucristo, vuelve atras la vista, no es á propósito para el reino de los cielos.”⁵ Estudiad, ¡oh católicos este pasaje; acercaos mas y mas con la meditacion á la profundidad de su sentido. ¿De qué se trata? De entrar al reino de los cielos; trátase del supremo bien; trátase nada ménos que de salvarse. Y para esto, ¿qué se requiere? aptitud. ¿Quién negará esta importante consecuencia? ¿puede concebirse la consecucion de un objeto sin la indispensable

(1) Cap. V, v. 11.—(2) Cap. XXVII, v. 12.—(3) Luc. cap. XIV, v. 30.—(4) II Tim. IV, 7.—(5) Luc. cap. IX, v. 62.

aptitud? No. Luego el que no es apto para él no lo conseguirá por cierto. Ahora bien, yo os pregunto: ¿quién es el apto? y Jesucristo mismo os responde, que el que ha llevado la obra á su feliz consumacion; y San Pablo os afirma, que el que sostiene su carrera de modo de reportar el premio;¹ que esta feliz y eficaz disposicion ha de buscarse y reconocerse en esas almas cautelosas y consecuentes, que permanecen firmes é inexpugnables, que trabajan incesantemente en la obra de Dios, íntimamente persuadidas de que su trabajo no quedará sin recompensa; en suma, que han perseverado fieles en la disciplina, como dice el Apóstol.² ¿Y quién es el inepto, quién es el que no ha de entrar por tal motivo en el reino de Dios? Oid á Jesucristo. „El que habiendo hechado mano al arado, vuelve atras la vista, no es apto para el reino de los cielos.”³

¿Con cuánta razon entraba el Apóstol San Juan en una especie de alarma con solo figurarse que sus discípulos, aquellos á quienes estaba edificando é instruyendo, aquellos cuya suerte futura le agitaba sin cesar, cayesen en la tibieza, y comenzando por leves transgresiones, acabasen por perder en un solo momento su gracia, su fuerza, sus méritos y su galardón! „Cuidado, hermanos míos, decia, no vayais á perder el precioso fruto de vuestras obras; sino ántes bien manteneos constantes en la vigilia, para que, llegado el dia, recibáis por último con el reino de Dios la suprema y única recompensa de las virtudes.”
*Videte vosmetipos, ne perdatís quæ operati estis; sed ut mercedem plenam accipiatis.*⁴

¿Qué mas os diré católicos? Escuchad otra vez al Após-

(1) I Cor. cap. IX, v. 24.—(2) Ad. Hebr. cap. XII, v. 7.—(3) Luc. IX, 62.—(4) II Joann. IV, 8.

tol San Pablo. „Los que una vez fueron iluminados, y gustaron el don del cielo, y fueron hechos participantes del Espíritu Santo, . . . si despues de esto han caido, es imposible, dice, que sean renovados otra vez á penitencia; pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, y lo exponen al escarnio. *Impossibile est eos qui semel sunt illuminati, et gustaverunt donum caeleste, et participes Spiritus sancti fuerunt, et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam: rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei et ostentui habentes.* ¹

He aquí, señores, una sentencia mui terrible, una sentencia que bien meditada bastaria para hacernos santos, una sentencia que despierta con viveza todos los temores y produce aquellas alarmas que mas de una vez han poblado los yermos de ilustres penitentes. ¿Qué dice aquí el Apóstol San Pablo? ¿qué género de imposibilidad es esta que animó su zelo al exhortar á los Hebreos para que perseverasen? ¿quiénes son estos que una vez iluminados, favorecidos con el don celestial y partícipes del Espíritu Santo, no pueden ya, desde que han tenido la desgracia de caer, renovarse por la penitencia? Líbreme Dios, católicos, de incurrir aquí en esas exageraciones del zelo, que parecen arrancar la esperanza del corazon, y undir en la nada los nobles atributos de la misericordia divina. No os diré que se trata de un imposible absoluto para los reincidentes en orden al Sacramento de la Penitencia; no os diré que esta imposibilidad, si se ha de considerar en aquel sentido, hable de otra cosa que del Bautismo; no os diré que la gracia está sujeta á las leyes de la naturaleza para desarrollar su poder sobre el corazon. No, nada de exageracion,

(1) Ad Hebr. cap. VI, vv. 4 et 6.

nada de figuras, nada de aparato. Intento moveros, para convertirlos; y no aterrorizaros para perderos. No temo explicaros este sagrado texto, y aplicarósle únicamente en la parte mas obvia, natural é incontestablemente admitida. De dos modos ha sido considerado por los Padres é intérpretes sagrados esta especie de imposible; pero segun el que se prefiera, así es la aplicacion que recibe. Entiéndenlo unos en un sentido absoluto, y en este caso el Apóstol habla de la imposibilidad de volver á la gracia, mediante un segundo Bautismo; y esto es claro, pues este santo Sacramento no se recibe sino una sola vez en la vida. Entiéndenlo otros en un sentido relativo: creen que se trata de un imposible moral, de una dificultad suma, de uno de aquellos inconvenientes que solamente una gracia extraordinarísima es capaz de destruir; y en este caso lo extienden á la penitencia sacramental, bien que con aquellas diferencias que en sí presentan por una parte las especies de los pecados, y por otra el grado de corrupcion de la naturaleza humana.

Permitidme pues, católicos, que llamando el sagrado texto á este último sentido, me sirva de él, como de un criterio seguro, para valorizar exactamente la esperanza de aquellas almas inconstantes y versátiles para quienes la penitencia sacramental y la misericordia divina son un grato beleño que las calma entre tantas vicisitudes y alternativas como presentan en el curso de su vida espiritual.

Verdad, señores, es que los caminos de la gracia, siempre análogos al carácter divino que ella tiene, no se dejan asir de nuestros sentidos, y á veces aun parecen sustraerse á las miradas de nuestra razon; pero no lo es ménos, que sus efectos modificando nuestra naturaleza, pueden servirnos como un dato cuando se trata de cali-